

de Juan Vicente, como tienen hoy el de García Moreno, el Monstruo que martirizó al Ecuador.

JOSÉ VASCONCELOS

(De *La Antorcha*,  
México, D. F. marzo, 1925).

## El catálogo de André Gide

EXISTE el genio del escándalo. En su intimidad está viviendo la facultad humana del talento—categoría de pesadumbre y de hastío,—sobre cuyo rodaje cínico viene a fracasar la sensibilidad, tan cerca de la naturaleza. Y hemos de destruir la sensibilidad para crearnos otra cosa más cerca de nosotros mismos. El primer paso es aquel que una literatura ortodoxa llamaría las acciones inmorales... El caso de André Gide, el maestro de perversidades y de inquietudes, es el más inminente de todos. Oponemos a su inmoralidad de talento—la más cruel y la más honda,—la inmoralidad de lo sensible, en cuyas amarguras se encerró el egoísmo de Maurice Barrés. Fuera de estas dos posibilidades de la vida, el resto de lo humano es un juego de cobardías y de traiciones a la movilidad del espíritu.

¡*El catálogo de André Gide!* Esto suena como el título de una novela inacabada de Oscar Wilde, o de un panfleto de J. K. Chesterton. Pero es un hecho, un hecho real que ha conmovido el corazón mismo de París. No busquéis la paradoja, ni el capricho, ni ese sentimiento de sequedad del autor de *L'Immoraliste*, según el cual todo dandismo del alma está hecho a base de miseria y de limitación—como en el más bajo fondo de un «ghetto» judío—: excusad todo movimiento de su inteligencia, porque este hombre busca limitar, dentro de su malicia equívoca, las cosas que hubieran conmovido, con lágrimas en los ojos, a cualquier otro espíritu pegado a la tierra. Declaro mi antipatía por esta mentalidad mezquina y sin embargo, tan clara. Me duele en el alma tener entre mis devociones el amor a muchas de sus páginas e ideologías, agrias y dulces a un tiempo. Pero no siempre el dolor anduvo cerca del corazón.

André Gide acaba de vender gran parte de su biblioteca en una de las salas del Hotel Drouot. Nada tiene de importancia este hecho. Lo que más interesa en esa venta, a la que nuestra curiosidad nos empujó en una tarde color de hastío de la primavera de París, es que entre la colección de papeles se encuentran muchos documentos del mismo Gide, y algunas cartas íntimas de grandes escritores franceses aún vivos, que fueron amigos del maestro en un tiempo no muy lejano. He aquí una justificación falsa, ardorosamente falsa, y sin embargo triste:

«No he poseído nunca vivamente el gusto de la propiedad, nos declara en el prólogo del catálogo. Creo que la mayor parte de las posesiones de la tierra existen más bien para aumentar el pesar de tener que dejarlas algún día, que para acrecentar nuestra alegría. Además, poco cuidadoso como soy, tengo siempre el temor de que los objetos que poseo se maltraten por la acción del tiempo; que ello no suceda, si yéndome en viaje, tengo que abandonarlos por largo tiempo. Proyectando una larga ausencia, he decidido separarme de los libros que adquirí en un tiempo en que era menos cuerdo, y que no conservaba sino por lujo; y de otros, en fin, que me han sido amables cuando despertaban en mí el recuerdo de alguna amistad. Agrego los ejemplares que poseo de mis primeros libros, cuyas ediciones originales son raras hoy. ¿Para qué conservarlos en un armario de donde nunca habré de sacarlos? Podrán divertir a algunos bibliófilos, más capacitados que yo para apreciarlos».

Sobre tales principios descansa la justificación del escritor. Recordad que André Gide es de los espíritus que más influencia han ejercido en las nuevas generaciones literarias de París. Ha contado, en su vida inquieta y vagabunda, a más de un amigo célebre, cuya gloria ha llegado a nosotros como una leyenda prohibida. En aquellas horas en que «el espíritu» languidece en la tibieza de un arte demasiado realista, el sabor de su prosa y de sus ideologías desconcertantes se insinuó en forma que pareció, desde un principio, paradójica. La moralidad se herrumbó en los labios de este *clergyman* de la literatura: un temblor de espanto corrió por las venas de una belleza que buscaba oponerse a lo natural, desnaturalizando el mundo y dándole al hombre un lugar preponderante, no como entidad teológica, sino como idea sometida al secreto de lo sexual... La tristeza del hastío, un cierto bovaryismo en que la sensibilidad era la sola patente de corso en un mar de negaciones graciosas y de afirmaciones demasiado graves, fueron las consecuencias de tal actitud. La sombra del adolescente inevitable, con algo de pentagrama virgen en el fondo de sus frivolidades, atravesó el paisaje descarnado y emotivo de aquella decadencia. Era la época del dandismo inglés—por lo tanto oculto y serio—de Walter Pater, aprendido en las recetas irónicas de Oscar Wilde, y era el tiempo del *Enemigo de las Leyes*... Pero el hombre sombrío de Barrés tenía el pecado, apenas naciente, de la sumisión a los muertos. Entonces, en una tarde de otoño perverso y confidencial, el alma se embarcó—en una intención de desplazamiento que debía ser eterna,—hacia las orillas en donde todo lo humano era artificial. Sobre ese artificialismo descansa la psicología de *monedero falso* de André Gide, dentro de la cual se salva solamente un admirable sentido de la crítica.

Vedlo hoy improvisar un nuevo juego de valores. Pero los hombres de carne y hueso, los hombres categóricos, están allí para oponerse a toda ficción ética: que la verdad los espanta más que el error. No ha sido por otra cosa que los más opuestos tipos de París se han dado cita en la venta de esta biblioteca: la curiosidad de ellos mismos los ha reunido. Y porque son muy pocos los que perdonan el talento y los ensueños que tratan de aguzar los que otras generaciones nos han legado, la acción de este espíritu casi ha entumecido hasta la misma frialdad de las matemáticas. Han sido los manuscritos y las ediciones originales de las obras de André Gide, las que han alcanzado los más altos precios. Hemos visto a una mujer, en una ola de nervios y sedas, aumentar, con el más cínico pudor, los cientos de francos sobre el valor nominal de aquellas obras que reviven un pasado ya oscurecido. Pero las cosas tienen, en las almas avejentadas por la emoción y el placer, el valor de revivirse castamente y de aburrirse con desesperación. Por eso nos entusiasmaba el gesto de esta mujer, que no dudó en dar hasta cinco mil francos por *Los Poemas* de Lord Alfred Douglas, el amigo trágico de Wilde, y otros tantos miles por la edición primitiva de *El Coridón*, el tratado de Gide sobre la homosexualidad. Ea! que la locura suba de precio, que los caprichos se paguen caro, porque el mundo no es sino un aprendizaje del bien vivir para el bien morir. Sobre aquel papel viejo, amarillo, rotulado, que es el manuscrito de los recuerdos de Gide sobre Oscar Wilde, muchas congojas deben de haber llovido, para madurar luego en el más perverso tratado de cinismo que hombre alguno haya podido mezclar a la ternura y al recuerdo de horas que se vivieron intensamente, más allá de toda intimidad.

Es este un catálogo de crueldades, de amistades reveladas, de secretos descarnados que se ofrecen hoy a la curiosidad del público para divertirlo una vez más, después de aquellas intimidades que todo París conoce y odia, con una discreta